DETEYITAGAN.

El niño un tanto retirado, y no por prudencia, ni tampoco por temor, solo por extrañeza y bastante admiración. No dejaba de contemplar a aquel hombre que reposaba en el monumento, lo que le llamaba la atención pavorosamente, no era que estuviese sentado en aquel lugar. Él mismo lo había hecho muchas veces, con sus padres, sus hermanos y amigos. Pero su corta edad, de nueve añitos, le permitía tener ya cierta curiosidad por algunas circunstancias que se le cruzaban en la vida. Y esta vez la circunstancia era merecedora de no perderse ni un solo ápice del personaje que tenía delante de él. En aquella explanada de su ciudad natal, era normal y cotidiana la observación de tipos, todos los días, se podría decir, algo raros. Más aún, siendo un puerto de mar, e incrementándose, cuando llegaban cruceros gigantescos, repletos de turistas, que inmediatamente se apropiaban de las calles de Cartagena. El niño con la timidez y la curiosidad que generaba su edad, y su personalidad, se iba acercando pasito a pasito hacia el hombre, que seguía pensativo y sentado en el obelisco. Por su cabecita solo pasaban dudas de por qué aquel hombre iba vestido de aquella manera tan inusual, pero en cambio nada desconocido, él ya había visto infinidad de veces a personajes como ese, pero solo en películas, cuentos e incluso en algunos cromos.

¿Qué tenía de especial?, ¿qué intrigaba tanto a aquel niño curioso y algo adelantado a los demás amiguitos?, que jugaban sin cesar entre ellos. Él, en cambio, se fijó y no dudó en acercarse cada vez más, a aquél ser tan peculiar. Necesitaba verlo, todo lo cerca que pudiese.

El hombre la verdad sea dicha, llamativo era, no hacía falta tener nueve añitos, para embelesarse con su figura.

De tez cobriza, más bien robusto, o al menos debió serlo, aparentaba una longeva edad, quizás los setenta años, piel curtida, muy curtida y con alguna que otra marca en sus mejillas, pero no como los tatoos de ahora que tan de

moda están, eran marcas más grotescas, sencillas y con el color casi diluido. Botas tejanas, de las que llevan los vaqueros, camisa a cuadros y una chaqueta de piel fina llena de flecos, su pelo largo, muy largo, recogido en una tremenda trenza, y en su extremo un lazo de cuero con unas cuentas de colores, esto sí que le llamaba la atención al niño cartagenero. Lo que más admiración le producía era su peculiar sombrero de copa redondeada, con una pluma trabada a una bonita banda de cuero repujado, que circundaba la base. Sus recios pantalones estaban sujetos por un ancho cinturón, ornamentado con colmillos de algún pequeño felino, y para rematar la imagen de aquel deslumbrante personaje, un collar que pendía de su cuello, del cual colgaban unas garras de águila.

Aquello no era ni más ni menos, que un indio.

—Hola. ¿Cómo te llamas? –con dulzura preguntaba el niño.

—Hello boy. –contestaba con agrado el hombre sentado.

—¿Eres un indio?, ¿cómo los de las películas?

El hombre, admirado por el desparpajo del pequeño, empezó a hablarle muy despacio, en un roto, pero entendible español.

—No, no lo soy, soy un <<piel roja>>, un nativo americano.

—¡Ah! ¿y qué haces aquí?, ¿eres de verdad? –la inocencia del pequeño fue resaltada por su gesto facial.

—Claro que lo soy, ¿no me ves?

—¡Anda, pues claro que te veo!, pero… ¿te puedo tocar?

—¡Claro que sí, Pequeño cervatillo!

—Me llamo Francisco, pero todos me dicen Fran. ¿Cuál es tu nombre?

—Mi pueblo me llama Tankabrevuá, que significa, <<la brisa que mece la pradera>>

—¡Hala! ¡Qué nombre más largo tienes!

De nuevo la forma tan despierta del niño le hacía gracia a Tankabrevuá, era como la brisa limpia que mecía la pradera de su nombre. La misma pradera

que antaño el hombre blanco diezmó, la misma pradera donde se asentaban los campamentos de su tribu, la misma pradera donde el Séptimo de Caballería arrebató con sangre las tierras a sus antepasados. Aquella pradera que, durante siglos, cuando ellos vivían en ella, siempre permaneció en paz, en silencio y con vida.

Sin percatarse ninguno de los dos, que ya estaban sentados juntos, en el mismísimo monumento que existe junto al Puerto de Cartagena, llamado, Héroes de Cavite, el niño le explicaba lo mucho que le gustaba jugar en aquel lugar, que su casa estaba muy cerca, en la Plaza de San Agustín, y que, desde su terraza, que era el último piso, se veía como llegaban los barcos. Tankabrevuá, no perdía detalle de aquella conversación, era un afortunado haberse topado con Fran.

—¿Sabes una cosa Fran? Yo he estado en una ciudad que se llama igual que tu calle.

—¡Hala!, ¿sí?, no sabía que existiese esa ciudad, <<Tankebrav>>, lo siento no me sale decir tu nombre.

—No te preocupes, no es fácil, pero te diré un secreto para que aprendas, divídelo en dos y veras como resulta más fácil. –el niño hizo la prueba.

—Tanka-brevuá, Tanka-brevuá, …, Tankabrevuá. <<Hosti>>, es verdad, ya sé decirlo. –Fran se alegraba levantando los brazos por encima de su cabecita.

—Como te decía estuve en una ciudad que así se llama, está en la costa nordeste de Florida, en Estados Unidos y en ella ondea con solemnidad la bandera de tu país.

—¿Anda sí?, ¿de donde son las pelis de tiros y los súper héroes?, Estados Unidos.

—Es verdad, eso les gusta mucho.

—No me has dicho todavía qué haces en mi ciudad, estas muy lejos de la tuya ¿Verdad?

—Tú lo has dicho, estoy muy lejos, pero he venido expresamente a ver tu ciudad por la historia que tiene, y paseando me he encontrado con este bonito monumento, en el cual estamos sentados. Ellos también son héroes, ¿lo sabías?

—¿Ellos?, a quienes te refieres.

Tankabrevuá se levantó, extendió su rudo brazo, y señaló a los soldados que estaban en el obelisco, algunos de ellos abatidos y barridos en la contienda por el enemigo. Representa la expansión que los tuyos tuvieron por todo el mundo. Acabo de indagar sobre él.

—¿Esos hombres de ahí arriba son héroes?, nunca me fijé en ellos. –Exclamaba el niño.

—¿No te lo han explicado en el colegio?, ¿quiénes son y por qué están ahí?

—Pues si te digo la verdad, no. –A Tankabrevuá le extrañó esa falta de enseñanza por parte del colegio.

—Me gusta tu ciudad, Pequeño Cervatillo, sé que tu nombre es Fran, pero me inspiras mucho la figura de tan noble animal. Como te decía, estoy aquí al haber estudiado vuestra historia, la de vuestro pueblo, el Descubrimiento, las aventuras de vuestros exploradores, las contiendas, batallas y alguna que otra atrocidad, como ha ocurrido en todos los periodos históricos de la humanidad. –El niño jamás había abierto sus ojos y escuchado con tanta atención como esta vez.

—¿Pero tu casa está cerca de Cartagena? –la inocencia desbordada generaba a la vez, ganas de saber más.

—No, mi casa como tú dices está muy lejos de aquí, pertenezco a una bella tierra llamada, Las Montañas Rocosas y mi pueblo son los Shoshones. Estoy de viaje con mis hijos, hemos desembarcado de aquel crucero tan bonito que está allí amarrado. Con una asociación llamada, *Nativos De un Nuevo Mundo*. ¿Y sabes una cosa?

—¿El qué? –Preguntaba con tal ansiedad, que toda su cara era el reflejo de la admiración que sentía en aquel momento.

—En el barco van muchos nativos de otras tierras distintas a la mía, van mexicanos, hondureños, guatemaltecos, salvadoreños y de varios paises mas y todos ellos, están acompañados por distintas representaciones españolas, en cambio mis hijos y yo vamos solos, ninguna entidad oficial norteamericana nos acompaña. Ojalá los españoles, se hubiesen quedado en mi tierra. No me extraña que el jefe Apache Gerónimo hablase tu idioma, tan difundido por todo el mundo y creyese en tu Dios.

—¿No han querido ir con vosotros?, pues tus historias molan mucho.

—No han querido, porque no hemos existido nunca para ellos, nos diezmaron con todas sus fuerzas y solo quedamos unos pocos. En cambio, en los demás pueblos nativos, todos ellos existen, e incluso hoy en día, algunos de sus gobernantes son originarios. Tus antepasados no sólo invadieron, no sólo descubrieron y se apoderaron de tierras, sino que también coexistieron con los distintos pueblos, se acercaron a ellos y les dieron cultura, además formaron familias conjuntamente.

—¿Que significa diezmaron?, que lo has dicho antes.

—Algo muy feo, significa borrar todo aquello que no te gusta de una raza que no sea la tuya propia.

—¡Jo!, ¿no les gustáis a los norteamericanos? Pues a mí me encantáis, que quieres que te diga. –una vez más Tankabrevuá, se enterneció al oír al niño.

En ese momento se escuchó un leve zumbido, que salía de unos de los bolsillos del hombre shoshon, y con toda la naturalidad del mundo, sacó su teléfono móvil y contestaba una llamada. Eran sus compañeros de crucero que le andaban buscando, para visitar en grupo El Museo Naval de Cartagena.

—¡Hala!, tienes teléfono móvil.

—¡Claro!, ¿qué crees? Son mis amigos que me reclaman, he de seguir con ellos la ruta, no debo perderme todo lo que hay en el Museo. Pequeño Cervatillo, cuídate mucho. Y ya sabes, estos hombres que hay en el obelisco…

—También son superhombres. Desde hoy ellos serán mis verdaderos héroes. –recalcaba Fran.

—¿Si?, ¿de verdad?, harás muy bien. –orgulloso contestaba el shoshon.

Enseguida apareció el grupo que se detuvo delante de ellos, todos llevaban algún atuendo típico de su pueblo ancestral. Ponchos de colores, botas repujadas, chalecos elaborados a mano. Pero a Fran el que más le gustaba era el de su amigo de las Montañas Rocosas. Se despidieron dándose la mano como dos mayores y no faltó una foto con todo el grupo. Fran se quedó mirando como aquella peculiar tropa de turistas se marchaba, pero antes de que se alejasen demasiado y con un pequeño chillido llamó a su amigo.

—¡Tankabrevuá! –el robusto shoshon se giró.

—Dime…

—¿Cómo se dice, Pequeño Cervatillo en tu lengua? –ante aquella pregunta, se quedó en el sitio y emocionado por el interés de aquel niño, le contestó, Deteyitagan.

—Gracias, mola mucho más que Fran. –gritaba el niño entusiasmado.

—Pero tu nombre es Fran, así lo quiso tu noble familia, respétalo. –recalcaba Tankabrevuá.

Una madre asustada, la del niño, llegaba hasta su vera, echándole una severa regañina.

—¿Sabes mamá?, a partir de ahora me llamaré Deteyitagan.

—Estás tú apañado, después del susto que me has dado, así que déjate de tonterías. ¡Y vamos para la casa!

—Si lo divides es más fácil pronunciarlo, es mi nombre del pueblo Shoshon. Dete-yitagan, Dete-yitagan, Deteyitagan, ¿lo ves mamá? Ya sé decirlo.

—¡Que raro estás Fran, pero qué raro estás! Ya sabes que mañana no bajas con tus amigos

—¡Ah! y mis héroes, desde hoy mismo serán… los de Cavite. –la madre estaba cada vez más extrañada.

—Mira lo que te digo Fran, hoy estás que no te reconozco, y algo insolente, así que déjate las fantasías esas, que bastante contenta me tienes ya.

—Pero mamá, que es verdad, tengo un amigo <<indio>> ¿sabes?, bueno, mejor dicho, un amigo… Nativo Americano.

Fdo: Fritambo.